

I

EL P U E N T E



Llueve sobre el Ebro. El segundo expreso de Barcelona acaba de llegar a la estación de Mora la Nueva. Algunos viajeros suben al autecar de Falset, que espera en la calle, frente a la estación. Los vecinos del pueblo cruzan lentamente el andén camino de sus casas. A la mujer que venía en el departamento, sentada frente a José Agustín, la está esperando su hijo con un paraguas. Es alta, de mediana edad. Habla indistintamente, castellano y catalán. El hijo es un muchacho moreno y de pelo rapado, recién licenciado del ejército, según ha explicado la mujer durante el trayecto. Madre e hijo se cogen del brazo bajo el paraguas y se despiden con una sonrisa.

- Adiós, señora, y que mejore su marido.

- Adiós, y buen viaje.

La lluvia cae lentamente, con ritmo cansino y monótono. Son gruesas gotas espaciadas que repiquetean el asfalto. José Agustín y Alfonso, con los viajeros que han de cruzar el puente para dirigirse a Mora de Ebro, se aventuran a salir del alero de la estación. Hace unos minutos que el silbido del tren



se ha perdido río arriba, hacia García. Allí el expreso cruzará a la otra orilla del Ebro y se adentrará en Aragón, hacia Caspe.

La barrera del paso a nivel es una complicada y poderosa valla de hierro. Por la vía muerta maniobra una máquina a gas-oil. Cuando todos los viajeros han cruzado los raíles, el guardabarrera vuelve a cerrarla, empujándola hacia la izquierda por la corredera horizontal.

Mora la Nueva, según les han contado a los amigos en el tren, creció como tal ciudad cuando el ferrocarril de Madrid a Barcelona situó la estación a la orilla izquierda del río. Hoy es un municipio independiente, separado de Mora de Ebro tan sólo por el río. Alfonso y José Agustín van retrasando el paso. Se detienen en mitad del puente. Bajo los arcos centrales el agua discurre espesa y sucia. La lluvia de agosto ha hinchado el caudal, normalmente más bajo en el solsticio de verano. A ambas orillas, el cañaveral se inclina hasta tocar el agua. Corre una brisa fresca y húmeda que despeina los juncos del ribazo. El puente es de hormigón armado. La plataforma queda como colgada, apoyándose sobre los cuatro arcos que se elevan por encima del pretil.

Mora de Ebro se extiende sobre la otra orilla, en la falda de unos alcores de color ocre. Desde el centro del puente se adivina al fondo, entre brumas desvaídas, la Sierra de Bata-lla y los montes que rodean el balneario de Cardó.

Un hombre carga arena sobre un carro, al pie del puente. Río adentro se recorta la silueta del Pico del Aguila.

- ¿Ve usted aquellas sierras, al fondo, sobre Mora de Ebro? Son los montes Pandols y Caballs -explica un ciclista al que Alfonso ha pedido lumbre.



- ¿Fue aquí por donde se rompió el frente?

- Eso dicen. Yo era pequeño, entonces; pero la gente bien que lo recuerda. Malos años debieron ser.

El de la bicicleta se aleja despacio, salpicando el asfalto mojado. Alfonso y José Agustín terminan de cruzar el puente. El viento se encañona en las tirantes y silba en las juntas de dilatación de los arcos. La lluvia, serenada unos minutos, vuelve a golpear sobre la baranda de hierro. Es necesario dar una carrera para llegar cuanto antes al porche del Bar Restaurante Turú, la primera casa de Mora de Ebro.

El bar es un edificio de tres pisos. Debe ser fonda, además. El salón de la planta baja es grande y acogedor. En dos veladores cercanos a la terraza cubierta, se juega al "ramiro" y al "subastao". Desde el mostrador y a través de una ventana rectangular, se divisan los pilares del puente. Un niño pesca, sentado en una de las zapatas cercanas a la orilla. Sobre su cabeza un cartel de letras negras y desiguales advierte inútilmente: PROHIBIDO ARROJAR BASURA. PROHIBIDO PESCAR. Los cascotes y los escombros amontonados en la ribera espejean bajo la luz incierta del mediodía lluvioso.

Los viajeros han dejado el macuto y las pellizas junto al mostrador y han pedido dos vasos y una botella de vino. Se sacuden el agua. La cortina de tiras de plástico de la puerta se agita, movida por el viento. Llega hasta el local el temblor del puente que vibra bajo el peso de un camión de gran tonelaje, que luego se detiene para abastecerse de gasolina en el surtidor contiguo al bar. Los amigos toman la botella de vino y los vasos y se sientan frente a una mesa de mármol, al lado de la ventana. Se le han adelantado al camarero, un extremeño



de Azuaga, según contó después, y que ahora se les acerca:

- No debían haberse molestado. Para algo está uno aquí. Vamos, digo yo...

- La culpa es de las ganas que teníamos de beber; de empinar el codo. No se preocupe y fiche la botella como si la hubiera servido -dice Alfonso.

- Este, como usted, no puede negar su tierra cuando habla. Su acento andaluz parece exajerarlo a propósito, -dice José Agustín al camarero.

- Que es de por abajo ya se le conoce en la parla. Mal tiempo para usted.

- Malo.

- Sí, malo para todos.

El camarero se queda junto a ellos, charlando unos minutos.

Durante el almuerzo, rociado con otra botella de vino de Falset que el camarero les sirve junto con una ensalada de tomate y unos trozos de carne de cordero, el vecino de mesa explica que Mora es importante como centro de comunicación y contratación:

- Hay fábricas de curtidos y molinos de aceite. Y tiene dos clínicas, no vayan a creer. Si no hubiera sido por la guerra, sería casi tan importante como Reus. Bueno, quizá tanto como eso...

Alfonso y José Agustín se ven obligados a seguirle la conversación, para terminar hablando del general Prim y de Gaudí, de las cosas que pasan, de los tiempos que corren y del antagonismo con Terregona, que es muy grande, según el desconocido que,



para dejar de serlo, ofrece junto con un pitillo su tarjeta a los viajeros y se deja invitar a café. Mientras beben juntos los "ca-rajillos", se mata el tiempo hablando de balística y de los sa-télites artificiales, tema que apasiona a Joan Pons Messeguer, de 47 años, comerciante en granos y vecino de la ciudad de Reus.

- Es lo que yo me digo. Los americanos, lo que hacen con sus cohetes, es lo de la mujer-cañón. Ya me acuerdo yo, ya, cuando era pequeño. Poco más o menos es lo que presentaban unos artistas húngaros en el recinto de atracciones de la Exposición de Barcelona -termina diciendo antes de despedirse.

Faltan tres largas horas para la salida del coche de línea que ha de llevar a los viajeros a Gandesa. Ha dejado de llover. El sol se filtra a través de las ramas de los plátanos del paseo. Huele a tierra mojada, a crujido y a gas-oil. Las nu-bes se deshacen y huyen empujadas por el viento del Este. Alfon-so y José Agustín salen a la calle para aspirar el aire que lle-ga de la sierra y despejar la cabeza de los vapores del vino de Falset. La gente pasea calmosa, evitando los charcos. Aún no han abierto el estanco. Casi se masca el olor del gas-oil. José Agus-tín juega a rimar los nombres de las calles con los carteles de propaganda pegados en las paredes: "CUNISAN... No pasarán".

En el escaparate de una imprenta-librería pueden ver los "best-sellers" de la localidad: ARTE DE CRIAR GALLINAS, TRAC-TORES, CARMENCITA O LA BUENA COCINERA, UN MILLON DE MUERTOS...

Por el poniente se desbandan las nubes. Un trueno de la tormenta de verano que se aleja trae a los viajeros el recuer-do de los obuses que estallaron hace veintitrés años justamente aquí, donde empieza la cuesta que lleva al convento de las Mon-jas Mínimas de San Francisco.



- No me las enseñes más,  
que me matarás.

A José Agustín parece que se le haya pasado el mal humor que traía, y que tuvo su apogeo cuando el tren se detuvo, no se sabe por qué motivo, en el larguísimo túnel de la Argentera. Hace gestos de feliz hombre mediterráneo, señalando el tapial, y prosigue canturreando la letra del viejo romance, mientras camina:

- Estábase la monja  
en el monasterio,  
las teticas blancas

Más, que me matarás.

En una placita, frente a una pérgola rodeada de geranios, los amigos se sientan sobre un banco de piedra.

- ¿A qué hora llegaremos a Gandesa? -pregunta José Agustín.

- A sol puesto, como decimos en el Aljarafe.

Cruza la calle un hombre cargado con un ataúd. Es una caja de madera negra, grande.

- ¿A quién le habrá tocado?

- Vete a saber.

Los amigos siguen al hombre con la vista. El viento silba en el emparrado de la pérgola. Mece las flores rojas de los geranios y el rosa de las clavellinas. El hombre tiene prisa. Sube a buen paso el repecho. Luego entra en un portal sobre el que se lee: FABRICA DE ATAÚDES.

- ¡Vaya! Una reclamación.

José Agustín y Alfonso piensan en los días sangrien-



tos de la guerra civil, cuando los soldados eran enterrados sin caja, desnudos muchas veces, chamuscados por las explosiones, rociados de cal viva, lejos de su tierra, de los suyos.

- Entonces, ni tiempo para cerrarles los ojos había -dice Alfonso.

Ahora los dos regresan sobre sus pasos. Los vapores del vino de Falset han pasado como una mala nube, como los flecos espectrales que cuelgan lejanos sobre el Pico del Aguila. No disponen ni de un sólo cigarrillo. El último lo fumaron a medias, sentados en el banco. Mientras José Agustín cruza la calle para llegarse hasta el estanco, ya abierto, Alfonso charla con el encargado de una ladrillería. Es un hombre fuerte, nervudo, que remolonea al principio, pero que termina por aceptar el diálogo:

- Pues para que voy a mentirle. Yo serví en el Ejército de la República, y no me avergüenza decirlo. Aquí mismo, junto al pueblo, estaba mi posición. Me podía haber tocado otro frente, pero tuvo que ser aquí. Como si no fueran ya pocas las tristezas, tener también que ver mi propio pueblo bajo la metralla, y pensando en los míos...

- Pero ahora todo ha terminado. Hay que olvidar.

- ¡Olvidar! Ya les gustaría, ya, a los jóvenes de hoy un fregado como aquel, en el que por lo menos se luchaba por algo, aunque al final se perdiera la partida. Ahora parece que son todos medio maricas. Mucha moto y mucho cuento; pero de arrimar el hombro donde habría que arrimarlo, y usted me entiende, nada.

- De todo hay.

- Ojalá que así fuera, señor.



- Yo creo en el futuro. Los jóvenes tienen siempre razón.

- Amigo, que no se equivoque usted.

- El tiempo nos lo dirá.

En el estanco, José Agustín ha encontrado una cajetilla de cigarrillos canarios y un paquete de Bisonte. Llega junto a Alfonso y encienden un pitillo. Caminan sin prisa, regresando al bar para recoger el macuto que el camarero ha guardado tras el mostrador. Sentado en la terraza, un hombre fuma pacientemente su pipa. Los viajeros miran hacia el río antes de echarse el macuto sobre la espalda. El autobús de línea está a punto de llegar.

- Bonito puente ¿verdad? -dice José Agustín mirando al hombre.

El hombre, que es ya viejo, y tiene los ojos pequeños y hundidos, guarda silencio, mirándole también.

- ¿Le gustaba más el otro, el de hierro, el que se llevó la guerra?

El niño sigue pescando bajo la arcada. Sobre la pasarela, mojada y brillante, ruedan los neumáticos del autobús que ha de llevar a los amigos a Gandesa. El viento silba, calle arriba, entre las ramas de los plátanos.

El de la pipa y José Agustín miran correr el agua de la orilla, mientras se acerca el coche.

- Era un buen puente -dice el viejo-. Aquel era un buen puente.

El ruido del motor ahoga la despedida.

Ya en el autocar, en medio de ricos y payeses pobres, que charlan y se acomodan en los asientos, José Agustín y Alfon



so se vuelven para mirar, a través de la empañada ventanilla trasera, la silueta del puente cerrando el caserío.



II

BAJO LA SIERRA DE CABALLS



La carretera inicia una cuesta serpenteante. Hincado sobre el borde pedregoso de una desviación, a la izquierda del camino, un cartel escrito con letras rojas señala con una flecha la ruta hacia el castillo árabe de Mirabet. La carretera sigue subiendo entre viñedos, almendros y olivos. Han de cruzarse cuatro repechos para que el asfalto llanee y la tierra de los ribazos se vuelva ocre y parda. Al llegar al cruce de Camposines, señalado por las cercas de piedra de dos huertos raquíticos, vuelve a iniciarse la cuesta. El motor, en segunda, ronquea asmático y fatigado.

- Demasiado rápido todo -dice José Agustín-. Hubiera sido mejor ir a Gandesa andando -consulta el mapa que apoya sobre las rodillas. Va sumando los kilómetros señalados por cifras azules al borde de la cinta roja de la carretera, en la guía Firestone. Al terminar, hace un mohín de disgusto y parece cambiar de opinión-. Veintiuno hasta Corbera, y luego los que aún quedan para llegar a Gandesa, son muchos kilómetros para una sola tarde.



- Lástima de disponer de tan pocos días!

El paisaje llega a hacerse monótono. Los mismos cultivos. El mismo ocre terroso y sucio en los desmontes. De tarde en tarde, la franja cárdena de un corte geológico. Una abubilla y unos grajos vuelan sobre una rastrojera. El sol va poco a poco cediendo en el horizonte, centímetro a centímetro, entre las últimas nubes de la pasada tormenta. La sierra de Caballs continúa siempre a la izquierda sobre la carretera: media altura y lomas casi peladas. Hay un gran contraste entre la locuacidad de los camaradas y el bajo susurro del resto de los viajeros. José Agustín habla en voz alta de sus viajes por la meseta cereal y por las tierras de Cáceres y Salamanca.

- No te sabía tan andariego, macho.

Paralelo al camino discurre el cauce seco de una rambla. A su derecha, monte bajo y tomillo. Más adelante, junto a una pequeña fábrica de yeso, los brotes frescos de una repoblación de pinos. Tras la lluvia de todo el día, el campo parece lavado. Ahora el pinar está más crecido. El autobús marcha tras un camión de las Bodegas García, de Castellón. Otro cartel anuncia más adelante: MINISTERIO DE AGRICULTURA. PATRIMONIO FORESTAL DEL ESTADO. REPOBLACION EN CONSORCIO. Sólo una parte del monte ha sido repoblado, hasta ahora. Se ven muchas lomas peladas.

Corbera es ocre y siena. Sus tejados tienen mediana inclinación. De lejos, da la impresión de un hormiguero. Al fondo del caserío se alza la torre de la Iglesia. Las casas forman como una gran falla, como una monumental tramoya que cierra la carretera, ocultando a los visitantes calles enteras que la guerra civil destruyó, y que permanecen en ruinas. Tan sólo jun



to al Ayuntamiento se levantan un par de docenas de casas de nueva planta, construidas a expensas del Estado.

El autobús se detiene delante del casino. Sólo algunos viajeros, aparte de los amigos, bajan para estirar las piernas. El casino es a la vez salón cinematográfico, billar y estafeta de correos.

- Paramos siempre algo más de quince minutos -explica el chófer a José Agustín.

Mientras Alfonso quiere entrar en el casino a tomar un café, José Agustín se empeña en dar una vuelta por el pueblo.

- Voy a echar un vistazo por ahí -dice, mientras se aleja.

Frente al casino hay una cordelería. Los mazos de ataduras se agrupan en el escaparate, junto a las abarcas, las sandalias de suela de goma y los cartuchos de caza. Unas chicas, sentadas a la puerta de la casa vecina, leen periódicos de colorines: "T.B.O.", "Pulgarcito", "El Capitán Trueno". La más joven, casi una niña, trenza una cordada de cáñamo y hace burlas a espaldas de José Agustín que, con las manos en los bolsillos, busca la Plaza del Ayuntamiento.

Alfonso no puede creer que corran los días de la segunda quincena de agosto. Sopla un aire frío y cortante al que no está habituado.

Al otro lado del Ayuntamiento, en la plaza, se levanta un monumento de piedra blanca. Sobre él se cruzan en diagonal dos arcos de medio punto. Sobre el pedestal hay un busto. En el frontal del pedestal se lee:

SU PATRIA A FERRAN



Un muchacho charla con un hombre viejo en una esquina de la plaza, cerca del monumento. El viejo va tocado con una boina negra. El chico lleva en la mano una reja de arado quebrada en su mitad. José Agustín se acerca a ellos, haciéndose el ingenuo.

- ¿Quién es el del monumento?

- El doctor Ferran, hijo del pueblo.

- Ya eso lo dice el monumento, ¿pero quién es?

- Pues eso, el doctor Ferran, ¿quién quiere usted que sea? El que descubrió la vacuna contra la rabia. ¿No lo sabía?

- Sí, sí lo sabía. Era para averiguar si lo sabían ustedes, con perdón.

- Está usted perdonado. Todo el pueblo lo sabe. De él y de la guerra civil, son las dos cosas de las que habla toda la gente.

- ¿Fue muy bombardeado el pueblo?

- Cuando la guerra esto quedó raso como la palma de la mano. No es que ahora esté mucho mejor, pero algo se ha hecho.

- ¿Fue en la retirada de los republicanos hacia el Ebro?

- No. En el contraataque.

El chico, que había permanecido callado, tercia ahora en la conversación:

- De cosas de la guerra, el que le podría contar es mi padre. Ahora porque está trabajando, que si no... Siempre habla de lo mismo. A mi, por mucho que me lo expliquen, no lo entiendo.

- ¿No entiende qué?



- Eso, eso de la guerra.

José Agustín se calla las ganas de decirle que tampoco él lo entiende.

- Gracias. Buenas tardes y perdonen.

Después de dar una vuelta a la plaza, José Agustín sube la calle camino del casino. Al llegar a la altura de una explanada se detiene al comienzo de una cuesta. Una mujer joven cuelga unas sábanas en unos tendederos puestos en mitad de la calle. José Agustín se acerca. Ella mira al viajero. Luego, mientras se seca las manos, señala la calle casi destruida y dice:

- Si quiere hacer una fotografía, en esa casa, la tercera a la izquierda, es donde nació el doctor Ferran.

La casa no existe; pero la mujer la señala como si existiera realmente. Es sólo un montón de escombros, lo mismo que la primera, la segunda, la quinta, la décima...

- Muy bien, señora. Gracias.

Cuando vuelve al casino, Alfonso ha terminado ya de tomar su café.

- ¿Te han hablado de Ferran?

- Y de otras cosas.

- ¿Qué cosas?

- Aquí te presento a un amigo -dice Alfonso volviéndose hacia un hombre vestido con pantalón de pana negra y camisa a rayas.

- Hablábamos de las cosas que pasan que no debieran pasar -gruñe el hombre- de las injusticias y de los sufrimientos que tenemos que aguantar los pobres. De cómo van las cosas por el mundo y de cómo van a ir cuando se descuiden los que tienen



la sartén por el mango.

El hombre está excitado. Parece algo bebido.

- Vamos a perder el coche -dice José Agustín.

- No hay cuidado. Mientras Jordi no toque la bocina, no hay por qué apurarse.

Un niño entra en el salón, empuñando un para de revólveres de juguete. Se pone a disparar con ellos, junta a la barra, a unos palmos de los viajeros. Parece el hijo del dueño, pues nadie se mete con él, a pesar del jaleo que arma.

El casino es un salón rectangular. Está pintado de un color rojo rabioso. Colgados de las paredes se distribuyen quince o veinte almanaques del año 61. Desde la lámina de casi todos ellos, sonríe una muchacha algo ligera de ropas. Son anuncios de casas comerciales de la región. Sobre el anaquel del mostrador se alinean las botellas empolvadas. A Alfonso le llama la atención una de ellas y pide al hombre que despacha tras el mostrador que sirva tres copas. El hombre descorcha con parsimonia la botella, después de pasarle un paño para quitarle el polvo. En una de las caras de la etiqueta los amigos leen: TRADE MARK. RHUM NEGUS OF ABISSINIA. En la otra: ABDIS-ABEBA. ORIGINAL RHUM. INDUSTRIA LICORERA ESPAÑOLA. ZARAGOZA. MADE IN SPAIN.

José Agustín y Alfonso brindan con el hombre de los pantalones de pana, que sonríe pícaramente con la copa en alto, y los ojos brillantes. En el mismo momento en que va a pronunciar el brindis, suena el claxon del autobús. Se queda con la frase a flor de labio. Los amigos adivinan, sin embargo, algo de lo que hubiera querido decir.

Alfonso y José Agustín estrechan las manos callosas del payés.



- Adiós.

- Que haya salud, amigos, salud y suerte.

Los viajeros suben al estribo del autobús en el último minuto, cuando ya el chófer, se disponía a salir sin ellos. El hombre de los pantalones de pana ha salido a la puerta, a despedirles. Dice de nuevo adiós con la boina en la mano, bien apretada con el puño. Las campanas de la iglesia de Corbera tocan tristemente, sin fuerza.

Los pocos kilómetros que separan Corbera de Gandesa son cruzados por el autobús a buen paso. A la izquierda queda la sierra de Caballs. La carretera sube, de nuevo entre viñedos. A la derecha del camino y escrita con letra borrosa sobre un tapial hay una inscripción ya desvaída por el tiempo y la lluvia: Alfonso, haciendo un esfuerzo y sacando casi medio cuerpo por la ventanilla, lee algunas palabras sueltas. José Agustín le ayuda a reconstruir la frase: HABLE LA LENGUA DEL IMPERIO.

- ¿De qué imperio? -pregunta Alfonso.

- Será del Imperio Británico.

El paisaje continua siendo el mismo. Luego, campos de labor y tierra de olivos. A la entrada de Gandesa se levanta un cartel indicando el nombre del pueblo y su altitud geográfica, casi junto al escudo con el yugo y las flechas. Unos metros más adelante se recorta la silueta de un cementerio. El autocar sigue acelerando. Pasa, ya más despacio, ante la Casa Cuartel de la Guardia Civil. Después se detiene junto a un bar, muy cerca del surtidor de gasolina.

A la izquierda de la carretera, un edificio de extraña arquitectura llama la atención. Es alto y de piedra gris. Recuerda las iglesias cristianas de Oriente. El chófer explica a los amigos que lo que confunden con cúpulas son los depósitos



puestos como adorno, de la cooperativa vitivinícola. Los viajeros abandonan el autobús, esperando encontrar posada donde pasar la noche.



III

FRENTE DE GANDESA



Se durmió bien. José Agustín encuentra a Alfonso en el café de la plaza, al lado de la fonda, hablando con el camarero.

- Me pudiste haber llamado -dice José Agustín después de dar los buenos días con un gruñido.

- Cuando no hubiera pedido prestada una escopeta para pegarte un tiro, no sé cómo. Es lo único que me quedaba por hacer. Porque lo que es gritar, bien que lo hice. Lo que pasa es que eres una marmota.

- Chico, ni enterarme.

- No, si no me lo tienes que jurar.

Alfonso bebe despacio un vaso de café con leche y da los últimos bocados a un trozo de pan untado de aceite, una rebanada crujiente que aviva el apetito de José Agustín.

- Lo mismo -dice éste al camarero- pero el café que sea doble.

El camarero se dirige al mostrador para encargarse del desayuno.



- ¿Has dicho ya que nos preparen la comida?

- Nada de comida. Pan, queso y una botella de vino.

Ahora nos lo trae. -Alfonso está nervioso. Contempla distraídamente los montes que asoman tras los tejados de la plaza, mientras astilla entre sus dedos una caja de fósforos vacía.

- ¿Es la sierra de Pandols?

- Sí, claro.

- Pandols, Pandols...

- ¿Te gusta el nombre?

- No. Bueno, no lo sé. ¿Vamos a subir mucho?

- Lo que se pueda. A media tarde podemos estar de vuelta. Hay que ver el cementerio.

Alfonso mira el reloj.

- Son casi las nueve -dice-. Cuanto antes salgamos, mejor.

Hace casi una hora que los camiones cruzan las calles de Gandesa, camino de Teruel.

- ¿Qué te ha contado el camarero?

El camarero regresa andando despacio. Coloca el desayuno de José Agustín sobre el velador de mármol y deja a un lado el paquete con la comida y la botella de vino.

- ¿Cuánto es?

- ¿Todo junto?

- Sí.

Alfonso mete la merienda y la botella de vino en el macuto. José Agustín paga la cuenta y luego parte trocitos de pan que va mojando en el café. El camarero vuelve a cruzar el salón y se queda junto al mostrador, alisando con las manos el dobladillo del mandil.



- ¿Qué te ha contado? -vuelve a preguntar José Agustín.

- La historia del puente de Mora de Ebro.

- ¿Y qué?

- Nada, que hasta cinco o seis años después de terminada la guerra no se volvió a reconstruir. Mientras, se improvisó un transbordador sobre barcazas, del que tiraban un cable de acero. Hasta el mismo coche de línea tenía que pasar sobre ellas para cruzar de una a otra orilla. El es vecino de Mora. Hace sólo unos meses que está aquí de camarero.

- ¿Y de la guerra?

- No, nada. Tenía entonces catorce o quince años. Sólo recuerda muy bien los bombardeos de la aviación y las caravanas de carros de los refugiados que huían hacia Alcañiz.

- Yo he soñado esta noche con la guerra -dice José Agustín. Se pasa las manos por la frente, como si la pesadilla volviera de nuevo-. Y he visto bajar a los aviones, ametrallando a la gente en las aceras de las calles.

- Déjalo ya. Eso son sueños. Olvídalos. Es preferible.

- Tú sabes que no son sueños...

- Vamos.

Los amigos cruzan el pueblo a medio paso. El día es limpio y azul. Una hermosa mañana de verano. Un grupo de niñas salta a la comba en una costanilla, mientras canta una canción de rueda.

"Al corro de las patatas  
comeremos ensalada,  
naranjillas y limones  
como comen los señores."

Van quedando atrás las últimas casas de Gandesa. Son las nueve.



La tierra es levemente rojiza. Las cepas están cargadas de fruto. Se suceden los caminitos ciegos entre la tierra y la labor, los viñedos y el monte bajo. Las lagartijas se despeñan al sol. Se cruzan huertos perfumados por los frutales, eriales, solitarios caseríos, desmontes, terraplenes. La tierra está aún húmeda del rocío nocturno. En algunos bajos, el agua de la lluvia del día anterior espejea entre la hierba de un verde ceniciento. Alfonso ha cortado un ramal y mientras camina deshojándolo, junto a su compañero, canta a gritos:

"Si me quieres escribir,  
ya sabes mi paradero..."

- Estás muy subido tú, hoy.

El estribillo de la canción, que repiten ahora juntos los amigos, se pierde entre los olivos que bordean las viñas:

"... en el frente de Gandesa  
primera línea de fuego."

El sol empieza a molestar. Cuando termina la tierra de labor, comienzan los repechos, las primeras lomas. Hay poco arbolado. El terreno es pedregoso. Cuesta afirmar los pies para no dar resbalones.

- ¿Echamos un pitillo?

La sombra de la encina bajo la que se sientan no cubre siquiera a un hombre. Entre dos chupadas, Alfonso le da el primer tiento a la botella.

- Es bueno. Mejor que el de ayer.

- Trae.

- ¿Crees que encontraremos las trincheras?

José Agustín se enjuaga la boca. Escupe luego el vino. Se seca con la manga la mancha rojiza que le ha quedado sobre la barbilla.

- No sé; pero, al menos tendremos ocasión de ver el



antiguo frente.

Continúan el camino, y cuando los repechos se hacen fuertes y escarpados, o el cruce de una vaguada pedregosa les obliga a dar un largo rodeo, casi se arrepienten de su aventura. Tres horas más tarde, empapados de sudor, con la boca seca y los pies doloridos, se sientan al borde de un montículo de tierra endurecida. El terreno está lleno de hoyos a medio cegar. No hay árboles. Algunas manchas de monte bajo y de hierba seca entre las piedras. Las lagartijas cruzan y recruzan el erial. Silencio. No se oye siquiera el canto de un pájaro. Sólo el leve rebullir de los pequeños reptiles.

- Fíjate -Alfonso señala hacia Gandesa-. La ciudad, desde arriba, parece mucho mayor. Entornando los ojos, se tiene la engañosa sensación óptica de contemplar una gran ciudad, con sus avenidas y sus calles tiradas a cordel.

- Mal sitio para vivir, por aquellos días.

La pendiente hacia el Ebro recorta a Gandesa. La ciudad está como sobre una loma. Al norte quedan Batea y Villalba de los Arcos. Más lejos aún, seguramente, el río Ascó. Por el oeste, la carretera sigue hacia Teruel. Se ve claramente el primer tramo de su descenso, para ascender luego hacia Caseras, tras la sierra de Peselles.

Buscando una sombra cualquiera donde refugiarse, José Agustín descubre cráteres y embudos cubiertos de tierra y matosjos.

- Parecen fortificaciones -dice.

Alfonso le sigue. Pasea tras él como un perro vagabundo. Busca afanosamente un recuerdo de la contienda; un trozo de metralla, un viejo cerrojo de mauser, un cartucho...

- No malgastes el tiempo. Como en otros sitios, re-



ción terminada la guerra, habrán venido a recoger cualquier trozo de metal que tuviera algún valor. Mucho cabrón se hizo rico comprando de pueblo en pueblo el metal que encontraban las mujeres y los niños. Hubo muchos accidentes a causa de esto.

Los amigos comen con apetito sentados sobre el peñascal, a la sombra de una vaguada.

- ¡Qué montes estos! -dice José Agustín-. Por aquí cerca cayó un avión de Iberia, allá por el año 48.

- No se salvaría nadie.

- Tú me dirás... Con un terreno como este. Dos hermanos de un amigo mío, que regresaban a Barcelona a pasar las Navidades, murieron en el accidente.

- Esta montaña está gafaada.

Cuando se acaba el vino, Alfonso se pone en pie y lanza la botella vacía contra unas rocas, como si fuera una granada Laffite.

Después de dormir la siesta, los amigos inician el camino de regreso a Gadesa. A las cinco de la tarde vuelven a estar en el café de la plaza. El camarero parece esperarles.

- ¿Cansados?

- Casi nada. Hemos dormido un rato después de comer.

- No habrán subido muy arriba...

- Hasta el primer pico. Donde empiezan las fortificaciones.

- Pues ya es subir.

Mientras mueve el café, Alfonso pregunta:

- ¿Murió mucha gente aquí?

- Muchos, muchísimos. -El camarero habla apoyado en el respaldo de una silla, descansando el peso del cuerpo sobre



la punta de los pies. Me han contado que los traían todos aquí.

- ¿Están en el cementerio que se ve a la entrada?

- No. Ese es el cementerio viejo. Más abajo está el nuevo. Allí están también los italianos.

- ¿Los italianos?

- Sí. Los que estaban con Franco. Murieron muchos.

- ¿Y los soldados de la República dónde están?

- Verén. Aquellos días no se daba abasto con tanto muerto. Hay otros lugares con entierramientos, en las viñas y en los campos baldíos, de ahí detrás.

- ¿No los han reclamado las familias?

- Al principio, no. Después algunos han venido aquí a preguntar, como ustedes. Pero ya hace tiempo que no viene nadie. Vamos, lo que se dice nadie, tampoco. Alguna que otra vez, pero son ya habas contadas. -Se interrumpe. Mira primero a Alfonso. Luego, a José Agustín.

- ¿Tienen ustedes algún familiar o algún conocido que muriera aquí?

- No, no.

Los amigos no saben explicar por qué les interesa todo aquello. José Agustín pretende salir al paso de alguna manera:

- Es que mi compañero es periodista.

- ¿Y piensa sacar en un periódico esto que les he contado?

- Todo será cuestión de que le dejen -dice José Agustín.

- Una carrera bonita que debe ser esa de escritor.

- A medias.



- Porque cosas para contar hay de sobra. Si van a pu  
blicar algo de lo que les he dicho y quieren mi fotografía, ten  
go en la cartera una de las que saqué para renovar el carnet de  
identidad.

- Mejor sin la fotografía y sin citar su nombre -dice  
Alfonso-. Así le hará más ilusión. ¿Comprendes?

- Puede que tenga razón, señor -dice el camarero-. Así  
no habrá líos.



v

DE CALACEITE A LA VENTA



El camión es un coche cisterna con matrícula de Teruel. La carrocería, de un amarillo rabioso, vibra sobre las piedras y los baches de la carretera. Los amigos, fuera de Gandesa, de donde salieron casi al alba, lo ven bajar por el repecho serpenteante, entre tierra de labor, calveros de piedra ocre y ramblas lamidas. Cuando el camión llega a su altura se detiene al lado de la cuneta. El ayudante, golpeando la portezuela, invita a los viajeros a subir. José Agustín y Alfonso se muestran remolones e indecisos.

- Arriba, suban -insiste el ayudante-. Si les apetece, suban. La cabina es grande. Llevamos sitio de sobra.

Ya dentro de la cabina, Alfonso aprieta el macuto sobre la red, junto a la estrecha litera que se eleva tras el asiento. El chófer es un hombre delgado, de muñecas poderosas y velludos brazos. Viste una camiseta blanca, redonda y sin cuello. Lleva apretado sobre la garganta un pañuelo encarnado y en la cabeza una gorrilla de visera, dejada caer hacia la nuca. Mete la primera velocidad y el camión se pone de nuevo en marcha.



Los baches hacen sonar, como un tambor, la gran cuba redonda de la cisterna.

A la izquierda se adivinan, lejanos y confusos los montes de Paselles. La carretera. La carretera se estrecha entre vaguadas desiertas y badenes solitarios. En los campos de la derecha, en la rastrojera amarilla de agosto, unas merinas pastan calmosamente.

José Agustín saca un paquete de tabaco y lo ofrece a los del camión. Luego, con el encendedor de martillo, enciende el cigarro del chófer, que lo agradece y habla, por vez primera, con voz ronca de aragonés del sur:

- No es que sea meterme donde no me llaman -dice- pero hay que tener muy pocas cosas serias que hacer para echarse a caminar por estas tierras, sin ton ni son. No creo que sean ustedes comisionistas, representantes, ni nada por el estilo.

- No, claro que no. No hacemos turismo. Somos escritores.

- ¿Periodistas?

- Algo así. Queremos escribir un reportaje sobre estas tierras, desde el Ebro hasta el Maestrazgo, y hemos aprovechado las vacaciones para venir aquí.

- Poco hay que ver y menos que contar, por esta región. Antes con los maquis, aún se podía escribir algo interesante. Pero ahora...

- ¿Hubo muchos maquis por aquí?

- ¡Caray, si los había! Muchas veces nos hemos cruzado con ellos cuando los dos trabajábamos con una camionetilla de Valderrobres, y bajábamos, un día sí y otro no, al pantano de la Pena. Era gente que no molestaba a quien cerrara el pico.



- Me parece que le echan mucha fantasía al maquis por estos pueblos -dice José Agustín.

- Mucha fantasía, mucha -repite Alfonso-. No serían tantos como se dice, ni los tendrían demasiado tiempo por esas montañas. Siempre se exagera.

Chófer y ayudante cruzan una mirada.

- Mejor para ellos que hubiera sido así -dice el ayudante-. Agua pasada no mueve molino. Pueden creer lo que les de la gana. Pero eran muchos, y estuvieron por aquí muchos años.

- ¿Cuántas partidas había en la sierra? -pregunta José Agustín?

- Puede que cuarenta, quizá cincuenta. A treinta hombres por lo menos cada una, hagan la cuenta y verán los que salen.

- Demasiados hombres me parecen -dice Alfonso- si las cuentas son como usted dice.

- Qué descreído es usted, amigo. No sé que íbamos a ganar éste y yo con contarle lo que no es verdad.

- De acuerdo. Retiro lo dicho. Pero no creí que fuesen tantos.

El pueblo de Caseras queda a la izquierda de la carretera, separado de la general por un camino polvoriento. Es un pueblo a horcajadas casi entre Cataluña y Aragón. El último de la raya fronteriza. La cinta arenosa del río Algar cruza bajo la carretera. Tiene el cauce seco en verano, pero en invierno y en primavera -explica el chófer- lleva las aguas de la Sierra de Miranda hacia el río Ebro.

La carretera se hace más serpenteante aún y vuelven las cuestas. Campos áridos y yermos y campos floridos, donde



crecen, en mitad de los cultivos, algunas flores rojas. Barrancos y terraplenes, bancales y desmontes que se tornasolan de violeta y azul. La mañana es limpia. El camión se cruza con una moto, y más tarde con un carro al paso.

- ¿Está siempre tan desierta esta carretera?

- Por aquí casi no hay gente, y los pocos que quedan no se mueven del pueblo. Sólo pasamos por aquí los camiones, el autobús de línea y, a veces, algún particular, o algún turista.

Un hombre carga sobre un muleto unos aperos de labranza, junto a una pequeña casa, al borde del camino. Por fin a la derecha, y tras el parabrisas en el que reverbera el sol, aparece el pueblo de Calaceite.

- Antes -dice el ayudante- no se llamaba así, sino Cananet, o algo parecido. En el sello de caucho del Ayuntamiento se ve un perro con el rabo hacia arriba. Una vez tuve que que pedir un certificado, cuando el secretario me lo entregó vi que tenía ese sello que les digo.

Calaceite es un pueblo pequeño y animado. Los camiones, junto con los amigos, entran en un bar. Es un salón grande, con un mostrador a la izquierda y que tiene un gran espejo tras el estante de las botellas. Sobre él, y sujeto con unas tiras de papel engomado, hay un bando del municipio, escrito a mano y con tinta de color violeta muy claro, que dice:

#### AYUNTAMIENTO DE CALACEITE

ESTE AYUNTAMIENTO ESTA AUTORIZADO A COBRAR 0,50 CENTIMOS POR CONSUMICION "PRO-FIESTA", LOS DIAS 13 AL 20 DEL ACTUAL, AMBOS INCLUSIVE. SE RUEGA SEA INUTILIZADO EL TICKET POR EL CONSUMIDOR. CALACEITE, 12 DE AGOSTO DE 1961.

Bajo la firma del alcalde, Alfonso distingue el sello



de caucho del Ayuntamiento, con su perro de mirada fija y cola erguida, como pendiente del vuelo rastreado de una perdiz. Mientras los amigos toman café, el chófer y su ayudante degustan una bebida espumosa de color oscuro, parecido al de la Coca-Cola. Alfonso pregunta por el nombre del extraño brebaje.

- Es un zuavo -contesta el ayudante-. Es una bebida que se deja tomar y tonifica los nervios. La fabrican en Mora de Ebro.

- Sí, hombre, es muy conocida en Tarragona, en Reus y toda esta región -explica José Agustín.

Alfonso, por curiosidad, y cuando termina el café, solicita de la mujer que despacha, y que habla un extraño revoltijo de castellano y catalán con acento aragonés, que le sirva también una botella de zuavo. La bebida tiene un sabor agridulce, donde se mezclan la zarparrilla y la menta, el café y el limón.

El bar es un salón bastante amplio. Diseminados por las mesas, unos cuantos hombres charlan fuerte, mientras otro grupo de camioneros se juega el aperitivo a los dados, en el rincón opuesto del mostrador.

En la pared del fondo, y sobre una extraña repisa, descansa majestuosamente un gran aparato de televisión. El aparato y un anuncio de AGUA TONICA SCHWEPPS son las dos referencias que demuestran que Calaceite mantiene contacto, pese a su alejamiento, con la cultura y civilización europeas de hoy. Los del camión que ha traído a los viajeros, están hablando con Alfonso de los Maquis, otra vez. Parece que es un tema que les interesa.

- ¿Quién era la Pastora? -pregunta José Agustín, que se ha distraído contemplando el local.



- La Pastora, hombre, la Durruti, la guerrillera de Vallibona. Una tía de pelo en pecho que tuvo en jaque a los del sombrero de hule durante muchos años. Ahora la tienen presa en el penal de San Miguel de los Reyes, en Valencia. Al menos, la tenían. Puede que ya la hayan fusilado.

Alfonso paga, a pesar de que los dos camioneros se empuñan en invitar y sostienen con él una graciosa disputa, con el dinero en la mano. Cuando salen a la calle para subir al camión, el sol ha ganado ya tres palmos en el acerado. Un guardia civil cruza ante ellos y parece mirar muy sorprendido el atunado un tanto estrafalario de los dos amigos.

Pronto reemprenden la marcha, a buena velocidad ahora, pues el terreno llanea otra vez.

Por un altillo trepa un rebafío de cabras, conducido por un chaval. Se percibe el olor vivo y dulzón, del celo de los machos.

- Media península es un yermo sin árboles por culpa de miles de cabrotas como estas -dice José Agustín con aire de entendido-. Se lo comen todo.

- Cabras y cabrones, todo es lo mismo -asiente el ayudante-. Es una leche este país.

El camión no se detiene en Valdetormos, el pueblo siguiente. Cruza el lugar despacio, como si temiera atropellar a los chiquillos que juegan en mitad de la calle, y que no se apartan a pesar del claxon.

- Queriendo llegar como quieren a la venta de Valdeagorfa -dice el chófer- tendrán que caminar un poco. Si nosotros siguiéramos también hasta Morella, encantado en acompañarles, pero vamos para Alcañiz. Son unos cientos de metros solamente.



Es lo que debiéramos hacer, caminar siempre -contesta José Agustín-. Pero entonces, ni en un mes terminábamos este viaje. Maestrazgo abajo ya será otra cosa. Por allí vale la pena darle a los pies.

- Si no fuera porque tenemos que cargar aceite en Alcañiz y salir con los minutos justos para llevar la mercancía a Caspe, no nos importaría dejarles en la misma venta y comer con ustedes.

- No importa. Otra vez será.

El camión vuelve a subir repechos. No mucho más adelante se adivina el cruce. El chófer, sin embargo, al llegar al final de la cuesta, acelera llaneando.

- Faltan aún un par de kilómetros -dice.

Cinco minutos más tarde se llega al cruce en que se bifurca la carretera: al Sur hacia Morella, al Noroeste hacia Alcañiz. En mitad del ramal, como en el centro de un triángulo, queda la Venta de Valdealgorfa.

Los dos camioneros bajan del vehículo para despedirse de los amigos.

- Hasta otra, si es que nos volvemos a ver.

- Gracias por el viaje. Salud y suerte.

Cuando el motor arranca, los compañeros empiezan a caminar. El camión es pronto un punto amarillo que se pierde ronqueante, a lo lejos, entre el tomillo y la tierra de labor. Alfonso carga el macuto sobre su espalda. Mientras, José Agustín orina sobre un ribazo, y luego se acerca a su amigo de una carretera, masticando una rama de hierba que ha tomado del borde de la carretera.

- Buena gente eran esos tipos, ¿verdad?



- Buena, sí, muy buena. Sobre todo el ayudante. El chófer era un poco chulillo.

Junto a una caseta abandonada de peones camineros se encuentra la Venta de Valdealgorfa. Es un gran edificio encalado, con las jambas de las puertas y ventanas pintadas de añil. Ante él hay una terraza llena de tiestos de barro, sembrados de gitanyillas, begonias, esparragueras y pino-verde. A la izquierda del porche una reja llena de tiestos con flores recuerda (a Alfonso) las celosías andaluzas. La cortina que está en la puerta de la entrada es de cordelera reforzada o adornada con tapones de gaseosa, cerveza y coca-cola, aplastadas unas tras otras. Una cortina extraña, tornasolada de reflejos, de destellos de púrpura y de reverberaciones, a la que los viajeros se acostumbran en seguida y que han de encontrar en todas las tiendas y bares del Maestrazgo.

Junto a la entrada el ventero recibe a los amigos con raros aspavientos, abriendo y cerrando los brazos y haciendo gestos que, así, de entrada, no se puede precisar si son de bienvenida o de enfado.

- Si quieren almorzar, tendrán que esperar por lo menos una hora.

- Lo que queremos, de momento, es un sitio donde sentarnos y ponernos a escribir algunas cartas.

- Pero supongo que comerán...

- Cuando llegue la hora. Usted no se preocupe.

- ¿Van de camino?

- Echando un vistazo por el país.

- Aquí -dice señalando el comedor, a mano izquierda- pueden hacer lo que les plazca. Lo que tengo para el almuerzo son unas costillas de cordero y unos huevos revueltos.



Los viajeros pasan al comedor. Es un cuarto pintado de color rosa-carmin muy fuerte. Todas las paredes están llenas de almanaques y estampas de santos. Los manteles son de hule rayados en azul. Hay dos repisas horribles con jarroncitos llenos de flores artificiales reposando sobre paños con puntillas de encaje. Frente al comedor, al otro lado del zaguán, se ve la cocina. El humo del fogón sube lento y blancuzco, chimenea arriba. Alfonso sale a beber un trago de agua de un botijo, y aprovecha la ocasión para dar una vuelta por el primer piso. Sube la escalera, despacio, hasta el lavabo. A su izquierda se abre un pasillo, en el que desembocan diez o doce dormitorios. Las puertas están abiertas, pues acaban de fregar. En todas las habitaciones, las camas son de hierro y están pintadas de negro, con unas perindolas de latón dorado en cada esquina. El suelo es de ladrillos rojo. En el descansillo de la escalera hay un cuadro de ánimas, con su lamparita de aceite y todo.

Cuando Alfonso regresa, José Agustín toma algunas notas del viaje. Por la ventana entra un poco de sol. Alfonso vuelve a salir del comedor, atraviesa el porche y la terraza y camina por los alrededores de la Venta. Junto a la puerta trasera descansa un carro de labor y bajo un techado un viejo Ford modelo "T", con las cubiertas ya sin dibujo y matrícula de Huesca. En la carretera se respira un aire fresco. Alfonso recuerda el olor de montaña de las serranías de Huelva y Ronda. A Alfonso cualquier cosa le recuerda Andalucía. El ventero sale de un cobertizo y se le acerca.

- Van a tener el almuerzo antes de lo previsto. Sólo falta que me llegue ahora a por pan con el coche a Torrecilla. Estoy aquí antes de media hora.



- ¿Es suyo el coche?

- Y de usted y de su compañero, para lo que se les ofrezca. Lo tengo puesto de servicio de alquiler, de modo que si quieren que les lleve a algún sitio, no tienen más que decirlo.

- Mientras resistan las piernas, preferimos caminar.

- ¿Van muy lejos?

- Hacia Morella.

- Pues si cambian de idea, ya saben. Con este trasto se llega a todos lados.

- ¿Es usted el propietario de la Venta?

- Sí y no.

- Ya.

- La llevo a medias con mis hermanas, y vamos tirando. Pero, al revés de que debiera suceder, cada año hay menos movimiento. Parece que todo se haya parado. El transporte por carretera no es ya el mismo de hace unos años. Me refiero a los camiones. Esta es una venta que tiene fama en todo Aragón. Pero, ya le digo, cada año está todo más muerto. En los pueblines de por aquí, la gente que queda es vieja. Los jóvenes escapan. Las chicas, a servir a Barcelona. Los mozos, después del servicio militar, no vuelven. Es pobre todo esto. Antes dicen que era una de las zonas más ricas del país. Pero con las guerras de los carlistas, el siglo pasado, y con esta nuestra de hace veintitantos años, todo ha quedado arrasado.

- ¿Talaron mucho arbolado?

- No mucho, todo. Ahora quieren hacer marcha atrás, con eso de la repoblación forestal, pero, al paso que van, no se acabará nunca.

Alfonso regresa al comedor, y escribe, frente a su ami-



go, hasta que les avisan que la comida ya está lista.

El almuerzo no es gran cosa, pero el vino es bueno y la carne, aunque mal condimentada, tiene un agradable sabor. Las aceitunas son negras y pequeñas, redondas y de pulpa dura. El pan está sobado, y húmedo como el pan familiar de las casas de campo y de los pueblos de esta región.

Cuando terminan de almorzar, se sientan un rato en el porche. José Agustín siente una morriña destemplada. Dice que tiene pocas ganas de andar. Piensa en quién sabe qué.

- Vamos -dice Alfonso-. Carretera y manta...

A medio paso, después de pagar el almuerzo, regresan hasta el cruce para tomar la carretera general de Castellón de la Plana.



VI

LAS RUTAS DE ERMITAS



Los viajeros llevan casi tres horas de camino. Se turnan el macuto. Por las indicaciones de los mojones calculan que llevan andado poco más de diez o doce kilómetros. Consultando el mapa, esperan encontrar de un momento a otro la ermita de Monserate de Fornoles, la primera en el camino hacia Morella. Alfonso y José Agustín, más que subir, se ven obligados a trepar por los repechos. El paisaje es cambiante. Al monte bajo suceden las viñas, y a éstas los encinares cenicientos y las manchas de pino joven. De cuando en cuando, se cruza un olivar aislado y algunas casas de ladrillo cocido, con las jambas pintadas de añil.

Ahora la tierra es roja. Sobre algunos calveros solitarios, pelados y yermos, se ven los trazos grises de tierra pizarrosa. A su alrededor crece el brezo y el tomillo. Las abejas revolotean tercas sobre los tallos y las flores de los arbustos. En uno de los recodos de la carretera, los amigos se tropiezan con una pareja de la Guardia Civil. Visten el dril verde de verano. Sobre los tricornos se aprietan las fundas de tela, con su cortinilla flotante y su visera falsa. El Cabo, con el ametrallador terciado, cruza la carretera. Se acerca a los viajeros. Lle-



va con desgana su mano derecha a la visera, y saluda.

- ¿Forasteros?

- De paso -dice José Agustín dando un tono grave y doctoral en sus palabras-. Estamos aprovechando las vacaciones para hacer un poco de turismo. Venimos a conocer las reliquias de la Patria.

- Ya.

El número se adelanta. Se coloca cerca de su compañero, a la izquierda, y saluda también.

- Es sano caminar -dice Alfonso.

- No nos lo cuente a nosotros. No hacemos otra cosa.

- Es un ejercicio sano. Así lo entienden los extranjeros.

- Eso, como los ingleses.

- Sí. Como ellos, pero sin tanto aparato.

- ¿Llevan la documentación...?

- Sí la llevamos, y muy en regla. En el tren nos la pidieron dos veces y no nos han metido todavía en la cárcel...

El Cabo frunce los labios. Parece que la broma de Alfonso no le ha hecho gracia.

Este y José Agustín enseñan a los guardias sus carnets de identidad. El Cabo toma algunas notas en una pequeña libreta.

- ¿Y vienen a cosas de geografía, dicen?

- De historia -aclara Alfonso conteniendo la risa.

- ¿De dónde proceden?

- De Barcelona. Allí vivimos los dos.

- Ya.

- Bien, debemos seguir ya -dice José Agustín para a-



breviar-. Vamos a la ermita de Monserrate de Fornoles.

- A pocos minutos la tienen.

- Buenas tardes.

- Adiós.

Las curvas se suceden muy cerradas. La tierra tiene ahora un tinte cobrizo. Algunas casas de ladrillo viejo asoman a la derecha de un monte poblado de pinos de un verde nuevo, como recién inaugurado. A la izquierda y en una hondonada, se ve el pueblo de Fornoles. La pincelada de los árboles del cementerio, tras el tapial de un color de barro cocido, recorta el perfil del caserío. No son pocas las curvas que separan a los viajeros de la ermita. Han de caminar aún más de un kilómetro.

Abajo, y también a la izquierda de la carretera, en mitad de un erial polvoriento, se alza un soto de cipreses. En medio de él, la ermita de Monserrate. Los viajeros quedan unos instantes al borde de la carretera, para ir observando el paisaje que rodea el recinto, antes de decidirse a bajar por el terraplén pedregoso y llegar hasta la puerta principal del santuario.

La puerta está cerrada. José Agustín golpea fuerte con los puños sobre la tablazón desvencijada. Un viento seco mueve las puntas de los cipreses. Lo que al principio creyeron espadaña, es torre rematada por una cruz de filigrana. Cuando rodean la tapia, los pasos hacen crujir las diminutas piñas que llenan el sendero.

La ermita es de piedra cremosa. Junto a la cruz de filigrana se recortan cuatro remates floridos. La torre tiene tres arcos en cada una de sus caras, y una redonda claraboya en el frontal que da a la carretera.



Después de doblar la primera esquina, aparece una puerta que abre la entrada del patio. Circundando la puerta y casi ocultándola, crece una tupida enredadera. El claustro, alrededor del patio, parece abandonado. A un lado se levanta un pajar, a unos pocos metros del púlpito de peregrinos, ribeteado de añil. Sobre el claustro, en el piso superior, cinco ventanas y una balconada. Alfonso da un grito que asusta a las gallinas que picotean en el estiércol, junto al abrevadero. Una mujer despeinada se asoma a un ventanillo escondido entre el ramaje seco de otra planta trepadora, que crece a la derecha del claustro.

- ¿Qué desean?

- Buenos días. Buscamos al ermitaño, para que nos dé las llaves y poder ver esto.

- El ermitaño ya no está aquí.

- ¿Tiene usted la llave de la iglesia? -pregunta Alfonso.

- No señor, no. Yo estoy aquí en arriendo, pasando unos días. Ahora la ermita está sin guardería. Si quieren arrendar un pabellón tendrán que ver a don Alberto López, en Fornoles. El Jefe de Telégrafos de Alcañiz tiene alquiladas también otras habitaciones, y el boticario de Alcañiz lo mismo.

La mujer se interrumpe y riñe a unos niños que enredan tras ella:

- Entonces ¿dice usted que no hay ermitaño?

Los gritos de los chicos rompen otra vez el silencio intacto.

- Estos chicos, estos chicos -se queja la mujer-. ¿Cómo dicen?



- Que si no hay ermitaños, alguien que cuide de la ermita.

- No señor, no, los que había se fueron, hace años por mor del sueldo. Estos campos, que son del Patrimonio de la ermita, no dan para vivir.

Los viajeros dan las gracias a la mujer, que deja la ventana y sigue riñiendo a los chicos. Los chicos lloran con llanto destemplado. Uno de ellos, rubio, como de cinco años, se asoma corriendo por la balconada, restregándose las lágrimas.

Un gallo rompe a cantar detrás de la tapia. Mientras dan la vuelta al patio, y pasean bajo el porche del claustro, los amigos discuten sobre el hecho absurdo de que, si algunas de las habitaciones de la ermita son arrendadas durante la temporada veraniega a los vecinos de los pueblos cercanos, no se comprenden las razones por las cuales, produciendo como esto debe producir ciertos ingresos, la ermita no puede costearse siguiera un guardián permanente, y una digna conservación del edificio.

- Es lástima que la dejen así, estropeándose.

- Aquí hay tomate, te lo digo yo.

Los pájaros trinan sobre las ramas altas de los cipreses centenarios. José Agustín pasa la palma de la mano por las nudosas venas vegetales de los troncos. El camino, a su espalda, se pierde en la montaña.

Cuando los viajeros trepan por el terraplén para alcanzar la carretera un ave de rapiña traza círculos en el azul, buscando quizá el momento propicio para bajar a por una de las gallinas que se sfanan buscando gusanos en el estiércol, junto a la ermita.

El viento huele a tomillo, Los amigos se sientan al



borde de la cuneta. La campiña, la serranía, la carretera, todo está solitario.

- Demasiada paz -dice José Agustín-. Parece un país muerto. Ni un coche nos hemos tropezado aún. Esta era antes una región mucho más rica. Ahora es una desolación verla.

- Sí, da pena. Con lo maravilloso que es este paisaje, este cielo...

Siguen caminando hacia el Sur. El macuto pesa un poco más a cada nuevo kilómetro que adelantan. A la derecha se alza una venta, al parecer abandonada. Luego, unos centenares de metros más adelante, un cartel de Obras Públicas que indica: A MORELLA 50 KILOMETROS. La tierra de labor desaparece ahora como por encanto. Cortos retoños de la nueva repoblación y antiguos pinos erguidos, altos, con sus copas clavadas en el azul, es todo lo que se ve, sobre un fondo de montes pelados. Los amigos se entonan en su caminar con unos tragos del agua que brota de un manantial, a la derecha del camino. Al fondo, y desde la fuente, a unos dos kilómetros de la carretera de Castellón, se ve el pueblo de Belmonte, hundido en un valle que se adivina umbrío, fresco y vegetal.

A unos cien metros delante de la parada que acaban de efectuar, un hombre baja un repecho montado sobre una mula torcida. Se cubre el sol con un paraguas de color rojo, un paraguas episcopal. Parece escapado de una lámina de camino de la picaresca. Enfila la carretera y detiene su cabalgadura cuando llega a la altura de los viajeros. Saluda, cierra el paraguas, desciende a tierra, y, abriendo una maleta de madera, enseña a los viajeros un muestrario de bisutería: abalorios de colgar, pipas, gemelos, pendientes, broches, figurillas de plástico, gafas de



sol...

- Un regalo para la novia -propone. Todo de primera calidad.

- No, no...

- Colonia de la buena, para refrescarse; de la buena.

- No necesitamos nada.

- Unas gafas de sol para el camino, una boquilla de ambar...

- No, nada. Muchas gracias.

El hombre no insiste. Pide un cigarrillo, y mientras da las primeras chupadas, cierra la maleta, monta en la mula y abre de nuevo el paraguas.

- Muy buenas tardes les dé Dios.

El buhonero sigue hacia Fornoles a trote cochinerero. Se vuelve a saludar cuando llega al llano, y pronto se pierde de vista.

- ¡Qué tío! Parece de la curia.

La carretera abre una y otra curva. Junto a la cuneta se alinean varios bidones de alquitrán. José Agustín golpea uno con el pie. Parecen llenos. Quizá algún día no lejano la carretera sea asfaltada; pero ahora la pedrisca se clava en la suela de goma de las botas de los caminantes.

En el porche de una casa, donde se arrullan unas palomas, un hombre y una mujer sestean. Han ido de excursión. Junto a ellos, descansa limpia y oronda, una motocicleta con matrícula de Castellón. Un niño de tres o cuatro años juega a tirar del rabo a un gatito morisco.

- Buenas.

- Buenas las lleven.



El pinar se espesa. Las copas de los árboles tienen un color más oscuro, quizá porque la luz sea ahora más opaca, menos transparente y diáfana. Más allá, unos hombres sacan piedra de una cantera, una piedra amarilla y blanda, a juzgar por el poco esfuerzo con que se parte al ser golpeada. Alfonso se acerca para preguntar a los canteros el nombre de la serranía que atraviesan. El más moreno y viejo se encoge de hombros:

- Puede que se llamen de Fuentespalda, como el pueblín que hay abajo. Lo que sucede es que no somos de aquí. Venimos contratados por un maestro de obras de Castellote, pero tampoco somos de Castellote, sino de Almonacid, un pueblo que queda muy cerca de Belchite.

Alfonso ofrece a los hombres un cigarrillo. Los tres canteros se sientan a fumar en el suelo, apoyadas las manos en las piochas.

- ¿Nos queda mucho tiempo de sol? -pregunta Alfonso cuando se levanta para seguir el camino.

- Unas tres horas o así.

Continúa la carretera. Parece que el paisaje va ganando vida a medida que se avanza hacia el Sur. A la derecha, un cartelón maltrecho y de letras desiguales anuncia: ATENCION. HORNOS DE CAL. Los hornos están solitarios, como abandonados. Hace tiempo que no deben funcionar. José Agustín mira el reloj. Son poco más de las cuatro de la tarde.

Más adelante, en una explanada junto al camino, se levantan unos grandes depósitos de cemento. Alfonso trepa hasta los bordes y descubre que son cisternas vacías.

- Por aquí no llueve ni a la de Dios.

Al pinar suceden algunos bancales de tierra roja con



cultivos de verano. En las manchas de prado, y ocultas casi entre los brozales, pastan unas cuantas ovejas peladas, como desnudas. También se cruzan estrechos viñedos. En la cuneta crece la zarzamora. Huele a fruta y a miel. Un aguilucho, en vuelo rasgado, traza un círculo sobre el monte bajo, y se deja caer.

- Hemos de volver algún día para cazar en esta tierra -dice José Agustín-. Es buen sitio y hay caza, estoy seguro.

Llega el graznido de los cuervos que saltan sobre unas peñas altas. Los amigos no pueden distinguir la causa de su alboroto. Quizás acechan la carroña que se pudre en uno de los caminos de herradura que se pierden entre las peñas.

Ante una gran muralla natural, un corte geológico que deja al aire vetas de color bermellón, crece una fila de pinos alineados cuidadosamente, como si se hubiera querido trazar con ellos una franja de pintura verde sobre la tierra.

Un hombre, junto a un caballo cargado con dos sacos, se cruza con ellos en ruta hacia el Norte. Gasta pantalón de pana negra, camisa sin cuello y alpargatas de suela de cáñamo. Va limpio, arreglado, como si fuera domingo, o fuese a dar el pésame a alguien de un caserío cercano. Se detiene al saludo de José Agustín.

- Buenas tardes, mozos.

- ¿Cuántas horas tardaremos en llegar a Morella?

- A muy buen paso, ocho. Puede que nueve, pero se os tiene que echar encima la noche. -Su cara rugosa se contrae. Habla un aragonés cerrado. Sus palabras parecen silbidos-. No creo que seáis capaces de resistir. Si llevarais caballería, entonces sería otra cosa. Lo mejor es que paréis a dormir en Monroyo.

- ¿Hay posada?



- Sí, claro. En todas partes hay posada, habiendo dinero.

- ¿Y el Santuario de la Consolación, a cuánto queda?

- Ese lo tenéis ahí, a la vuelta. Trescientos metros puede que no haya. -Azuzá el caballo-: ¡Arre, Bayo, arre ya! No os canséis, muchachos!

- ¡Adiós, abuelo!

La ermita de la Consolación, patrona de Monroyo, está situada en mitad de un soto, con algunos cipreses también, pero más escasos que los del Monserrate. Aquí los árboles no abren ningún camino, sino que crecen aislados, sin ajustarse a ninguna norma geométrica. La ermita está formada por tres cuerpos de piedra, unidos entre sí. Sobre ellos, una cúpula rematada por una cruz. Una veleta con un gallo y una flecha, señala el norte geográfico. Sopla el viento Sur, tibio y acariciante, algo pastoso.

En el lienzo de la fachada principal, la aguja del reloj de sol no señala ya hora. No hay ninguna hebra de sol que caiga sobre el ocre de la pared. En el frontal, unas fechas y una leyenda:

1738 - DIA 6 DE SEPTIEMBRE. DEDICO ESTE TEMPLO A M.R.S.S

Alfonso mira el interior de la iglesia a través de un postigo. En la capilla, amplia, pintada de azul y cerca del ábside, cuelgan algunos exvotos a derecha e izquierda del altar mayor. No hay bancos, pero parece todo bien conservado.

Los campos dan la vuelta a la ermita. Ahora, frente a ellos, tienen un desmante erosionado. Unas piedras se sostienen en equilibrio sobre el borde del corte. Se sientan en el suelo,



a fumar un cigarrillo. Están cansados. Huele el espliego que crece entre los resquicios de las piedras. La parte trasera de la ermita está llena de habitaciones abiertas y cobertizos abandonados, en donde deben guarecerse de noche las caballerías de camino. El suelo está lleno de estiércol. Unas ranas croan abajo, en la hondonada, donde crecen las flores de un prado y el agua se escurre entre los helechos.

Adosado a un rincón del edificio, hay un horno de pan. En el cielo no se ve ni una nube. Sólo el viento tibio. No hay nadie en la carretera. Ningún ruido. Casi se oye el latido del corazón. Cuando terminan de fumar el cigarrillo, se desperezan y regresan a la explanada.

Junto al olmo gigante que se levanta a la izquierda, los amigos intentan inútilmente abrazar el tronco. No logran siquiera tocarse las manos. A la altura de sus cabezas descubren dos corazones cruzados por una flecha, grabados sobre la corteza.

- Toda una historia de amor. Eso debe llevar ahí más de cien años.

Alfonso se sienta para tomar algunos apuntes. Hay un poyo de piedra con escalones en un lado, a la izquierda del porche. Sobre él, unas argollas para atar el ganado.

- Es para que las mujeres pudieran subir a las mulas o a los caballos, cuando venían en peregrinación -señala Alfonso.

- En ese caso también serviría para los curas.

- Para todos los que se visten por arriba.

Medía hora después ya están en camino, cerca de Monroyo, a donde llegan cuando las últimas luces del atardecer caen



sobre le cabezo en donde se asientan las casas más altas del pueblo. Entran en el lugar cansados y sedientos, como si hubieran recibido una gran paliza. Junto a la fuente del pueblo, una muchacha acarrea cántaros de agua sobre un muleto. Más allá, una vieja vestida con el hábito del Carmen, que acaba de bajar de una furgoneta con matrícula de Zaragoza, habla con un lugareño un chapurreado de aragonés, tortosino y valenciano. José Agustín abandona el macuto y se deja caer sobre un escalón de piedra, junto a un almacén de maderas. La tarde cae rápidamente. Alfonso se levanta para pedir agua a una de las chicas que se agrupan alrededor de la fuente. Regresa luego con un cazo de aluminio, lleno de agua fresca. José Agustín bebe ávidamente, a tragos largos.

- No me digas que me levante porque no pienso ni doblar una rodilla. Date un garbco y busca un sitio donde podamos dormir, y compra algo para hincar el diente.

Alfonso atraviesa la calle y toma por el atillico, cuesta arriba, hacia el centro del pueblo. Cuando regresa, José Agustín tiene los ojos cerrados, con un cigarrillo encendido entre los dedos y está rodeado por un grupo de chiquillos, que le miran con interés y asombro.

- ¡Ale, fuera de ahí, que no está muerto!

Alfonso trae pan, una botella de vino y medio queso. Ha de sacudir a José Agustín para decirle que ha encontrado posada, que tienen para comer y que la mujer que le ha cedido la habitación en donde han de pasar la noche, ha prometido calentar un poco de agua para que se puedan lavar los pies.

Los chiquillos se han alejado haciendo mohines. Desde la acera de enfrente se vengán, a su modo, cantando una canción burlona que los amigos no recuerdan.